



Número de 6 páginas

## ¡QUE NOS DEJE EN PAZ!

Cuéntase de un rey que se había encaprichado de una dama de la corte, y que no logrando reducirla a su capricho — la dama era casada, dice la historia, — le escribía — ¡imprudente! — diciéndole que cediese siquiera por patriotismo, pues de tal modo le tenía absorto la pasión que descuidaba los negocios del Estado, y así la patria se encontraba viuda. El argumento es de una... gracia inefable. Y añade la historia que aquel rey casquivano y ligero hizo luego grandes esfuerzos para recobrar aquéllas y otras cartas igualmente desatinadas. Agrega también la crónica que la tal patria no era propiamente la de la dama de la corte sino por adopción. Pero a esto hay que advertir que las patrias de los cortesanos y de las cortesanas lo son siempre por adopción. Las gentes de corte no tienen propiamente patria. Y en cuanto a los reyes...

En cuanto a los reyes, suele ocurrir que al coronarse acaso de un reino de que no son oriundos, ni tal vez nativos, ni aun educados en él, es como si se desposaran con la nación que les toma de reyes. Una cosa parecida a lo que sucede con los obispos que se desposan, dicen, con su diócesis u obispado. Y aquí entra la metáfora aquella mística de Jesucristo desposado con la Iglesia.

Quedamos, pues, en que un rey se desposa con una nación, se casa con ella y hasta le da nombre. Pero lo malo es que a las veces quiere hacer luego de marido y... ¡la friega! Y la historia, así como las actas procesales de juzgados, nos ofrecen casos de mujeres casadas que ellas mismas les han buscado a sus maridos amigos para que les dejen en paz. Cuéntase que la mujer de Carlos VII, rey de Francia, no fué extraña a que se introdujera en la alcoba regia a Inés Sorel. Y menés mal que Inés Sorel resultó no menos servicial a los intereses del reino de Francia que la misma Santa Juana de Arco. La santa y la cortesana fueron, cada una a su modo, dos grandes patriotas.

Comprendemos que haya tiempos y países en que una nación monárquica prefiera permanecer viuda de su marido el monarca, que éste la deje en paz. Si, que la deje en paz; que no se empeñe en hacer de marido. Y para conseguirlo hasta

que la busque distracciones y compensaciones. «Que se divierta, sí — podrá leer la nación; — que se divierta, pero que no me friegue; ¡que me deje en paz, que me deje en paz!...»

Conocemos alguna señora casada, con marido hartó ardoroso y no muy suave, que pide a Dios que haga que su marido la deje en paz, que no se empeñe en... gobernarla, que la deje en paz. Esta señora quiere un marido constitucional y no absoluto; sobre todo si la constitución del consorte no es muy prometedora de buenos frutos.

«¡Pero cómo se divierte su marido de usted!» — le decían no sin cierto retintín a una señora muy discreta y paciente, y ésta contestó: «¡Sí, sí, que se divierta! ¡que se divierta! Pero fuera de casa, ¿eh?, fuera de casa; que no se divierta conmigo.» ¡Porque la verdad es que no hay nada más terrible que un marido que se divierta con su mujer sin respeto alguno a la santidad del matrimonio.

Pero, sí, se concibe algo más terrible. Más terrible, mucho más terrible, sería que un rey se divirtiese con su reino, que hiciera a éste juguete de sus ambiciones o meramente de sus caprichos. Caprichos de desquite o de lo que sea. Esto sería peor aún que el adulterio. El adulterio es la traición; pero el jugar con la mujer propia es peor que el adulterio, es peor que la traición. Un marido que juega con su mujer es peor que un traidor para con ella.

Concebimos la posibilidad de que en un momento y lugar dados una cortesana cualquiera, una entretenida, una actriz sobrado alegre y dadivosa, salve a una nación distrayendo a su soberano. Y por esto se suele tener manga tan ancha con ciertas distracciones de soberanos.

Hablando no hace mucho con un súbdito de un reino de Europa, de cuyo soberano se dice que está casi siempre alumbrado, al aludirle a ello, nos replicó: «¡Bah! ¡para lo que tiene que hacer!» El alumbramiento no le impide firmar ni aun leer alguna vez lo que le dan a leer, y este es todo su oficio; además, ni pretende enterarse de lo que firma, ni de lo que lee; nos deja en paz o en nuestra guerra.» «Cierto — le contestamos, — no les friega a ustedes; les deja en sus guerras, en las de ustedes; lo peor sería que pudiese inventar él otra guerra, la suya.» Y luego añadimos como para nosotros mismos: «¡Que nos dejen con nuestras guerras... civiles!»

¡Que no nos friegue más, Señor, que no nos friegue!

Miguel DE UNAMUNO.

